

# LA VISCERA magazine



LaViscera  
Año 00  
Número 02  
Junio 2020

# TURGENCIAS

Dirección / Coordinación  
**EDULOGIC PRODUCCIONES**

Corrección  
**DISFRUTA PRODUCCIONES**

Consejo de redacción  
**CARLOS SAN JORGE**  
**PATRICIA SÁNCHEZ**  
**CARLOS VICENTE**

Maquetación / Diseño  
**PATRICIA SÁNCHEZ**

Contacto  
[LaViscera@edulogic-producciones.com](mailto:LaViscera@edulogic-producciones.com)  
[www.edulogic.es](http://www.edulogic.es)



Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin autorización expresa de los autores y del equipo directivo de LaViscera Magazine. Todos los derechos reservados.



- 05 Carlos Vicente  
**UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (II)**
- 07 Patricia Sánchez  
**NO ES LA BRISA**
- 09 MICRORRELATOS: Miguel Ángel Pegarz  
**MARILYN BLUES**
- 11 Carlos San Jorge  
**CON TURGENCIAS Y A LO LOCO**
- 15 Jara Aizpurua / Andrés Níguez  
**SIN TÍTULO-2**
- 17 Patricia Sánchez  
**DECÁLOGO**
- 19 VÍSCERAS INVITADAS: Emilio de Miguel  
**EXEMPLO LII**
- 21 VÍSCERAS INVITADAS: Ben Clark  
**CÁRCELES, TETAS Y LEXICOGRAFÍA**
- 23 Carlos Vicente  
**EL COMANDANTE VALOR MURIÓ FELIZ, ¿NO?**
- 25 Nacho G. Ríos (Selección)  
Pedro Vez (Ilustración)  
**HAIKU FINAL**

**«¡Es una estatua griega! -había dicho la marquesa de Vegallana, que se figuraba las estatuas griegas según la idea que le había dado un adorador suyo, amante de las formas abultadas.»**

La Regenta, Leopoldo Alas Clarín

No hay que ser una eminencia para saber que es de la ciencia de donde surge la turgencia. Que habla de células y transferencia, biológicas ósmosis con diferencias contrarias a la flácida evidencia. Pero reclama la historia, y la indecencia, para sí su concepto de referencia y nos evoca placeres y desobediencia, sabores, olores y dulce efervescencia. Nos recuerda la impaciencia de la adolescencia, la caliente culpa de la irreverencia, la saliva como dulce consecuencia de las ansias que al pecador empujan a la penitencia. Y defendemos su existencia, su magnífica contundencia, su capacidad para empujarnos a luchar contra la abstinencia. Deseamos el desasosiego que nos provoca su turbulencia y la empleamos a conveniencia, tomando partido y con la firme creencia de que debiera ser fin, camino, objetivo y consecuencia, incluso en épocas adversas y en estados de emergencia. Que no sólo se aplica al pezón (qué deliciosa contingencia), al labio, al glúteo o al glande con benevolencia, sino también a la lucha contra la prepotencia, a la risa que nos provoca la mentira de quien, con grandilocuencia, trata de convencernos de lo conveniente de la incompetencia. Y, conscientes de la diferencia entre supervivencia y subsistencia, ensalzamos que nos aleje de la cansina decadencia de quien se ha rendido a la somnolencia, a la hipocresía, a la televidencia, a quien no se avergüenza de su insolencia o a quien se ofende, con fingida trascendencia, porque nos resistamos a caer en la displicencia y continuemos en ese afán que supone disfrutar de la vida abogando por la importancia de la diferencia.

Dejémonos llevar. Gocemos. Llenémonos de turgencias.

CARLOS VICENTE

## UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (II)

Las obras de teatro las inspiran muchas cosas. Una canción, una frase escuchada en una terraza mientras esperas a que aparezca tu chica y te deje por tu mejor amigo, una novela escrita con las vísceras (tenía que meterlo como fuera), una anécdota que te contó tu abuela, una noticia surrealista aparecida en un periódico de provincias o algo que no da para mucho, pero que, por lo menos, inspiraría una buena escena, como por ejemplo: una palabra. Y tendría personajes sobre los que nunca escribirías, pero que resultarían a veces graciosos y a veces patéticos.

Una obra de teatro que se titularía **Infantilismo** y que empezaría así:

I

Cocina de una casa en la que una mujer se afana en preparar la comida. Hay un niño de unos ocho años sentado en la típica mesa de cocina para dos personas. El crío dibuja en un papel con lapiceros de colores.

**Madre:** Martín, quita eso de la mesa, que vamos a comer.

El niño no hace ni caso.

**Madre:** Martín, no me hagas enfadar. Quitaa eso de la mesa, que vamos a comer.

**Hijo:** Mamá, ¿tú bebes mucho?

La mujer lo mira asustada

**Madre:** ¿Qué dices niño?

**Hijo:** ¿Que si bebes mucho?

**Madre:** Agua, mucha agua es lo que bebo. ¿No me ves siempre en casa? Todo el día estoy bebiendo agua.

**Hijo:** Bueno. ¿Estás enferma o no? ¿Bebes mucho o no?

**Madre:** Qué manía... Que no estoy enferma. Y quita eso de encima de la mesa, que vamos a comer.

**Hijo:** ¿Hoy no esperamos a papá?

**Madre:** Está de viaje.

**Hijo:** ¿Pero, por qué bebes mucho?

La mujer se acerca y se agacha para hablar con Martín.

**Madre:** Martín, no bebo... Bueno, bebo agua, mucha agua, pero no bebo mucho.

**Hijo:** Entonces por qué estás turgente.

**Madre:** ¡Pero, qué dices niño!

**Hijo:** Es que es la nueva palabra que hemos aprendido hoy en clase y nos ha dicho la maestra que intentemos decirla para que no se nos olvide, que es un término médico dicho de un líquido que hincha alguna parte del cuerpo. Y como tú estás hinchada...

**Madre:** Ya hablaré yo con la maestra. Además, turgente es otra cosa.

**Hijo:** No, que lo ha dicho la maestra. Turgente es...

**Madre:** Ya sé lo que ha dicho la maestra, pero esas cosas no se le pueden decir a un niño de ocho años. Que son guarrerías machistas que no van a ninguna parte.

**Hijo:** No, guarrerías machistas no. Eso significa que estás turgente.

**Madre:** No, turgente estaba antes.

**Hijo:** ¿Antes bebías?

**Madre:** No, antes estaba buena. Ahora lo que estoy es fofa...

La mujer se echa a llorar. Saca una botella de vodka de un armario y echa un trago largo, muy largo

**Madre:** Ya hablaré yo con la maestra... Ya hablaré yo... ¡Machista de mierda! ¡Fascista!



Y la obra de teatro terminaría con la mujer totalmente borracha llamando a la maestra y amenazándola con denunciarla por poner en contra de las madres a los niños y por contar sus secretos y llamarla borracha...

PATRICIA SÁNCHEZ

## NO ES LA BRISA

Elude de forma consciente enfrentarse al maltratado espejo que cuelga despreocupado en la pared que tiene delante, el mismo que insiste en mostrarle una imagen que no reconoce. Se acaricia de forma distraída los pómulos que, al llegar y a traición, se le antojaron, en ese cruel reflejo, demasiado marcados.

Cuando era pequeña, su abuela la llamaba «mi gordita» y le pellizcaba los carrillos hasta que el abuelo le decía que parara, que se pasaba de pesada y que la «gordita» se quería marchar a jugar, que quería calle. «Esta niña siempre quiere calle», replicaba la yaya claudicando finalmente, mientras ella escapaba frotándose la cara, roja de tanto cariño a lo bruto.

Mira hacia abajo y observa sus muslos. Hace mucho tiempo que perdió la cuenta de las veces que los rodeó con aquella cinta métrica amarillenta que cogía sin permiso del costurero de su madre, en esas tardes de labor en las que, poniendo excusas a las que nadie echaba cuentas, se escapaba al baño para contar los centímetros que se le iban añadiendo mes sí y mes también. Adolescencia de dudas y cuerpos difíciles, cuerpos que crecen descompensados, sin el orden que consideraría lógico cualquier niña que con trece años ansía ser igual que el resto. Adolescencia, sin más. Y otra excusa para marcharse a la calle, para que no le adivinaran los ojos rojos por la frustración de quien crece sin orden y a lo ancho, de quien no entiende... «Esta niña siempre quiere calle», decía la yaya entre puntada y puntada.

Absorta en sus recuerdos, le sorprende el ruido de otro cuerpo sentándose a su lado. No la escuchó llegar. «Tienes que estar más atenta», se dice en silencio, y se permite un rápido vistazo de soslayo, por el rabillo del ojo, no le hace falta más. Apenas la mira. Prefiere darle la espalda, le avergüenza su desnudez, pero no por grotesca u ordinaria, sino porque le recuerda la propia.



Imagen tratada con detalle base de "Two prostitutes" de Cellar

La primera vez que se mostró sin ropa delante de alguien que no fuera su madre tenía quince años. Ya hacía algún tiempo que las miradas que se cruzaba con su primo Nino habían perdido la inocencia infantil, que los juegos en la puerta de casa habían dejado de ser simples, que cualquier actividad física se había convertido en motivo de vergüenza o consternación por las reacciones, propias y ajenas, a determinadas posturas o movimientos antes sencillos y sin dobleces. Escondidos en un desván que suena a canción de los 80, pero que era mucho menos romántico que cualquier acorde, aguantaba la respiración, en un intento de que su vientre pareciera más plano, y encorbaba ligeramente su espalda para disimular un pecho que ya sabía objeto de muchas miradas, y no sólo las de Nino. Salió con prisas, cruzando el salón hacia la calle, evitando esa otra mirada, la de su madre, que hubiera adivinado su respiración acelerada si no hubiera estado centrada en sus quehaceres, que hubiera percibido la rojez de sus carrillos sin mediar en ello los pellizcos de una yaya que ya no estaba. «Esta niña siempre quiere calle», hubiera dicho de no haberse marchado un par de meses antes.

Vuelve al presente del pasillo en penumbra. De la respiración ligeramente agitada a sus espaldas, de la que reconoce el ritmo entrecortado porque es el mismo que retumba muchas veces en su propio pecho. En silencio, se pregunta si estarán sentadas en ese pasillo por los mismos motivos, si ella también buscaba un dorado que ni siquiera persiste en las paredes que decoran la escena o si fue engañada aprovechando las ansias de encontrar algo mejor.

No se imagina compartiendo confidencias o risas, desgracias o recuerdos. Secretos para mantener el pecho firme o trucos para evitar la flacidez de las nalgas o la piel de naranja. Porque a ella no la engañó nadie, ella era muy lista y tenía mucha calle... Pero ya le ha demostrado la vida que nunca se sabe de todo, y que las valentías a ciegas son atrevidas y peligrosas. Y ahora sabe que no quiere un futuro que la sitúe de nuevo en ese desvencijado banco de madera, ni con ella ni con ninguna otra.

Tiene frío, pero no se atreve a pensar en una alternativa que la obligará a soportar el caliente aliento de quien pague por no escucharla ni mirarla a los ojos, por si su tristeza le apaga las ganas. Así que reza, no sabe qué ni a quién, porque la consideren demasiado voluptuosa, o demasiado pálida, o demasiado triste para compartir un insano colchón.

Se evade pensando en cómo sería ese lugar hace unas décadas, cuando las lámparas lucieran nuevas y brillantes, las alfombras llenaran los pasos de color y los muebles no parecieran a punto de caer. Se imagina vestida de satén, recorriendo las estancias con unos preciosos botines de tacón y lazos de tafetán, comprobando que todas las habitaciones cuentan con el calor que ahora se les escapa a base de desengaños. Y casi puede escuchar las risas de los niños jugando en el salón y el piano de la entrada y la más pequeña bailando en la puerta de la calle y alguien diciendo «esta niña siempre quiere calle»... Todo a la vez, llenando el espacio, una hermosa melodía acallada a base de polvo y años.

Hasta parece que la brisa exterior, cantarina, la llama entre susurros...

...pero no es la brisa quien la nombra.

### MARILYN BLUES

Sí, he bebido de más. Y sí, me voy a tomar esta pastilla. ¿Que no debo? ¿Y desde cuándo te importa? A ti sólo te interesan mi culo y mis tetas. ¿Sabías que recito a Whitman de memoria? Y también a Ginsberg. Pero eso a ti qué más te da. Para ti sólo soy un juguete. La muñequita rubia que hace bonito y despierta tu deseo. Sí, me follé al presidente. Y a no sé cuántos más. ¿Por qué? ¿Por qué lo hice o por qué no a ti? Porque me evade. Mientras son mi juguete puedo olvidar que no os importa nada, ni mi cultura, ni mi opinión... ni mis sentimientos. Mientras os tengo a mi merced, se me olvida que sólo soy una muñeca descerebrada.

O eso, o bebo.

Si no fuera por estas putas pastillas no dormiría nunca. Y no queréis a vuestra muñequita con mala cara. Pero ¿sabes?, un día de estos me las voy a tomar todas. Y voy a dormir bien, muy bien, de una vez por todas.



CARLOS SAN JORGE

## CON TURGENCIAS Y A LO LOCO

DAPHNE/JERRY: No me comprendes Osgood...  
¡soy un hombre!  
OSGOOD: Bueno. Nadie es perfecto.

Es curioso que uno de los diálogos más reconocibles del cine fuera en realidad un simple parche que sus guionistas, Billy Wilder e I.A.L. Diamond, escribieron hasta que se les ocurriera algo mejor para terminar la película. Y es que *Con faldas y a lo loco*, considerada por muchos cinéfilos como la mejor comedia de la historia del cine, no se escapa a las decenas de anécdotas y curiosidades que completan el currículum de este largometraje con tres Globos de oro, un Oscar y otras cinco nominaciones.

Nadie puede negar que estamos ante una comedia turgente en más de un sentido, y eso a pesar de las circunstancias, ya que esta producción nació en una época de la historia americana donde regía un antiquísimo y conservador Código Hayes, que, entre otras «perlas», prohibía películas que «pudieran rebajar el nivel moral de los espectadores» o indicaba que «los comportamientos sexuales ilícitos no debían ser demasiado precisos, ni ser justificados o presentados bajo un aspecto atractivo». En otras palabras, si Wilder quería poner a dos hombres vestidos de mujer y que el público considerara que eran graciosos y simpáticos, iba a necesitar que la trama tuviera una razón de vida o muerte que lo justificara.

Esta era sólo una simple piedra en un camino empedrado para la película que quería Wilder: una farsa sobre los largometrajes alemanes de los años treinta, donde los músicos sin trabajo y muertos de hambre se disfrazaban de lo que fuera para subsistir por las diferentes orquestas que se encontraban a su paso. Después de mucho tiempo de reuniones y discusiones varias, Wilder y Diamond encontraron la trama perfecta para hacer la película que querían superando el Código Hayes: colocarían a los protagonistas como espectadores fortuitos de algo muy parecido a la matanza de San Valentín, ordenada por Al Capone en el Chicago de la Ley Seca. Es decir, dos músicos (Curtis y Lemmon) que, con el fin de escapar de la mafia, se visten de mujeres para esconderse en una banda de música femenina.



*Con faldas y a lo loco* iba a ser, en un principio, en technicolor, pero al final llegó a las pantallas en blanco y negro para que, principalmente, se pudiera disimular el maquillaje de Tony Curtis y Jack Lemmon, ya que, según Wilder, «podrían acusarles de travestismo si el maquillaje era ligero o de inaceptablemente vulgares si era excesivo». Por cierto, que estos dos actores no fueron la primera opción para completar el reparto, ni mucho menos. Se barajaron nombres como los de Frank Sinatra, Anthony Perkins o un conocidísimo Jerry Lewis, al que ofrecieron el personaje que finalmente encarnó Lemmon. Jerry Lewis lo rechazó de inmediato; bajo ninguna circunstancia quería que, por culpa de la película, «le confundieran toda su vida con una *drag queen*». Cuando se lo ofrecieron a Lemmon, éste le confesó a Wilder que «si cualquier otro le hubiera propuesto vestirse de mujer habría salido corriendo como una liebre, pero siendo él...». Durante años, y coincidiendo con la fecha del estreno, Lemmon le estuvo enviando bombones a Jerry Lewis por haber impulsado su carrera al rechazar el papel.

Pero, sin duda, fue la despampanante actriz protagonista la que cosechó más anécdotas y curiosidades en *Con faldas y a lo loco*. Tanto el director, Billy Wilder, como sus compañeros de reparto acabaron tan hartos de Marilyn Monroe que ni siquiera la invitaron a la gran fiesta de final de rodaje.

Y es que, entre otras cosas, consiguió que todas las mujeres rubias se tiñeran para que ella fuera «la única rubia platino», bebía constantemente vermouth (su asistente lo escondía en una taza de café) y, en una de las jornadas de rodaje, se negó a grabar un número musical y se encerró en su camerino hasta que Wilder le pidió a una de las coristas que hiciera ella la escena; entonces salió del camerino con ukelele en mano y, con un evidente enfado, rodó la escena en cuestión. Habitualmente, llegaba tarde al set de rodaje. En una ocasión, desapareció durante doce días, costándole a la productora más de doscientos mil dólares. Y, por si esto fuera poco, la mayoría de las veces que acudía a trabajar lo hacía sin saberse su parte del guion...

La rubia eterna consiguió que, además de la cámara, los focos y los elementos típicos de un rodaje, se encontrara rodeada de un sinfín de carteles y pizarras que la ayudaban a recordar lo que tenía que decir. Entre las frases más repetidas, sin duda, se encuentran las de la conocida escena en la que su personaje se presenta a Josephine (Curtis) y Daphne (Lemmon): tuvo que repetirse más de 40 veces porque en vez de decir «Pasad, pasad. Yo soy Sugar Kane» decía, entre otras cosas, «Soy Kane Sugar» o «Sugar Kane soy yo». O esa otra escena, casi al final, en la que ella está buscando una botella de bourbon (en el doblaje en castellano lo cambiaron por coñac) y que tuvo que repetirse casi sesenta veces porque no recordaba qué tenía que decir. A Wilder, que para entonces ya sufría de dolores de espalda y vómitos nerviosos, se le ocurrió poner una nota con su texto en uno de los cajones de una cómoda para que le resultara más fácil; el problema vino cuando no sólo se olvidó de su frase, sino también del cajón dónde había guardado la nota, desesperando a todo el equipo técnico y artístico. ¿La solución final? Poner la misma nota en todos los cajones.

Fueron muchas las anécdotas y curiosidades en torno al rodaje que tuvieron a la bomba rubia como protagonista, pero no me gustaría terminar sin recordar que, a pesar de todas ellas, no hay que olvidar nunca que uno de los tres Globos de Oro conseguidos por la película tiene también su nombre; o que, aunque Norma Jeane regaló al mundo a una *sex symbol* frágil, insegura y con una visión del mundo, en ocasiones, superficial, tenía un coeficiente intelectual superior al de Albert Einstein y que jugó con cierta maestría su glamour, su feminidad, su vulnerabilidad y su seducción estudiada para reinar en un Hollywood donde «te ofrecerán mil dólares por un beso y cincuenta centavos por tu alma».

# SIN TÍTULO-2

TEXTO: JARA AIZPURUA  
FOTOGRAFÍA: ANDRÉS NÍGUEZ

Y me quedé mirándola, como si de una diosa se tratara. Mi diosa. Allí estaba ella, libre, calada, sonriente, sintiéndose única, o al menos esa fue mi impresión. La lluvia resbalaba en su carita y su ropa mojada se pegaba a su cuerpo marcando esas curvas que tan loco me volvían a mí y tan loca le volvían a ella, por otros motivos, en muchas ocasiones. Estaba preciosa. Radiante. Bailaba bajo la lluvia sin importarle nada, siendo consciente de que no podía apartar los ojos de ella mientras me negaba a unirme a su fiesta privada en la carretera de vuelta a casa, más por vergüenza que por falta de ganas. Me hizo parar justo antes de llegar a casa y poner la música a todo volumen. El atardecer se cruzó con nosotros por el camino, los colores del cielo nos llamaban para que fotografiáramos el momento. Y creí estar soñando, llamadme loco, no me importa.

Nos habíamos conocido a través de una de esas aplicaciones de citas en las que ella no creía y en las que yo me pasaba horas buscando algo. ¿El qué? Diversión, supongo, sexo sin compromiso y todo aquello que no me supusiera nada que llevara un nombre. Había dejado de creer en el amor hacía mucho y, desde un principio, lo dejé claro.

Me llamo la atención su descripción: «Voy a ser te sincera, no creo en esta mierda, no busco nada, pero si encuentro probaré. ¡Ah! Otra cosa, ni soy una chica perfecta, ni mi cuerpo lo es. Soy rara, divertida y me gusta la lluvia». ¿Qué tenía que perder?

Y allí estábamos después de varios encuentros en un hotel y muchas risas. Todo fue rodado y sencillo. Sin preguntas complicadas, sin forzar nada. Sólo queríamos disfrutar, piel con piel. Y vaya si lo hicimos.

La tormenta nos pilló por sorpresa y ahí descubrí su locura, a su niña interior y me encontré con un yo que no conocía. Hay gente que te hace salir de tu zona de confort y eso es lo que hizo Alice aquel día y todos los que vinieron después.



«Alice», ¡cómo me gustaba pronunciar su nombre! Decirlo entre susurros cuando me acercaba a su cuello. Ella sonreía tímida, sabía que ese era el principio de todo. Se dejaba llevar a la par que cogía las riendas. Me encantaba toda ella. Sus pechos prominentes, sus muslos firmes, su cuerpo acogedor y sus labios... Besarla era como descubrir el mejor de los postres. No todo era deseo con ella. Admiraba su forma de ver la vida, de hacer, de confesar que no tenía ni idea de historia, pero que en química era un as. Sabía escuchar, le encantaba que le contara cosas. Desprendía felicidad por todos los poros. Era... era ELLA.

Como os podréis imaginar, consiguió que saliera a bailar. Era insistente, muy insistente, cuando quería o se proponía algo. Eso también me gustaba de ella, no se daba por vencida.

Una vez me dijo que quería ser libre, que se sentía mariposa enjaulada y que realmente estaba en este mundo para volar y cumplir misiones. Yo me reía y la miraba y no daba crédito. Era la mujer más independiente que, hasta el momento, había conocido y no entendía cómo podía sentirse encerrada más allá de lo que su trabajo le obligara. Y ahí estaba el quid de la cuestión. A los seis meses más o menos, dejó todo aquello que no la hacía sentirse bien, su trabajo, su casa, y decidió largarse fuera del país con algo que tenía ahorrado. Supuse que yo también formaba parte de eso que no le hacía sentirse del todo plena.

«Me siento bien contigo, Sergio, no te equivoques», me dijo. «Pero, a veces, las personas entramos y salimos de la vida de alguien para enseñarnos algo. En tu caso, has sido mi motor para lanzarme al mundo, en el tuyo he sido esa "personaja" que te ha hecho disfrutar, olvidarte del pudor y ser más tú. Piénsalo.»

Y no le faltaba razón.

No tengo ni idea de si volveré a cruzarme con ella o si nos necesitaremos en el camino para enseñarnos algo más, pero si alguna vez alguien me habla de libertad podré asegurar que la conocí y que tenía nombre. Alice.



## 1. DON JUAN TENORIO

Autor: José Zorrilla  
Estreno: Teatro de la Cruz, 1845  
Género: Drama

El Don Juan Tenorio es un mito en la noche de carnaval, una apuesta y un duelo, un desafío, un hábito blanco y un descender a los infiernos. Es el farol del escultor y la jarra de barro llena de vino en la hostería de El Laurel, es el rojo sobre blanco, es la cifra de muertos y el setenta y dos que ha de volverse impar. Turgencia pura.

D. JUAN: Desde una princesa real a la hija de un pescador, ¡oh!, ha recorrido mi amor toda la escala social. ¿Tenéis algo que tachar?

D. LUIS: Sólo una os falta en justicia.

D. JUAN: ¿Me la podéis señalar?

D. LUIS: Sí, por cierto: una novicia que esté para profesar.

## 2. LA SEÑORITA JULIA

Autor: Johan August Strindberg  
Estreno: Copenhague, 1889  
Género: Drama

El poder y la lujuria y las clases sociales y la lujuria y las tradiciones y la lujuria, y el engaño y la avaricia y el sometimiento y la lucha de sexos y la lujuria. La turgente destrucción que provoca la lujuria.

## 3. JUICIO A UNA ZORRA

Autor: Miguel del Arco  
Estreno: Teatro de la Abadía, Madrid 2011  
Género: Drama

Cuando la turgencia te abandonó hace años de la mano de las ganas de defenderte de los que ya te juzgaron, sólo el alcohol te da fuerzas para pisar de nuevo el estrado. Fuerzas y palabras, las tuyas.

Helena de Esparta, Helena de Troya, Helena la argiva, Helena la aquea, la mujer más hermosa del mundo, la divina entre las mujeres, la hija de Zeus, la de niveos brazos, la de cabellos de oro... Esa soy yo. ¿Qué? ¿Es alguno de vosotros inmune a los estragos del tiempo? ¿Ha venido algún inmortal a verme? ¿Alguna divinidad a salvo del naufragio de la belleza?

## 4. TRES SOMBREROS DE COPA

Autor: Miguel Mihura  
Estreno: Teatro Universitario Español, Madrid, 1952  
Género: Comedia musical

A veces, la turgencia también viene llena de inocencia, de pueblos de Inglaterra donde hablan como la gente normal y de las complicaciones de conseguir que te salga cola de cocodrilo. ¿Quién puede resistirse?

PATRICIA SÁNCHEZ

# DECÁLOGO

Del lat. tardío *decalōgus*, y este del gr. bizant. *δεκάλογος* *dekálogos*.

## 6. FALSTAFF

Autor: Andrés Lima adapt. W. Shakespeare  
Estreno: Teatro Valle-Inclán, Madrid, 2011  
Género: Comedia

Falstaff, el gordo secundario, convertido en el turgente protagonista, en la metáfora de muchos elementos: de la redondez, de la vida sin aristas, de la bondad, del buen comer, del hedonismo y de la felicidad.

TITO:  
A no ser que las horas fuesen copones de Jerez, los minutos capones, los relojes lenguas de celestina, las agujas anuncios de burdeles e incluso el mismísimo sol bendito una bella moza vestida de ardiente tafetán, no veo por qué tienes que hacerte el pesado ahora preguntando qué hora es.

## 7. HAIRSPRAY

Autor: Marc Shaiman y Scott Wittman  
Estreno: Broadway, 2003  
Género: Comedia musical

Cuando corres tras tus sueños no te importa que temblequeen tus michelines. Eso sí, el turgente moño, ¡que no se mueva!

## 8. HOMBRES EN ESCABECHE

Autor: Ana Istarú  
Estreno: Teatro de la Esquina, San José, 2000  
Género: Comedia

Si desde pequeña tienes claro que lo que quieres es un hombre, tienes que ponerte manos a la obra...

Me dediqué a crecer. Me pasaba las horas enteras creciendo sin descanso, como un pan en el horno. Me esforzaba un poco y ¡pam!: cuatro, siete centímetros más. Un poco más, concentrada en Ava Gardner, y ¡pam!, un buen par de pechos... bueno, pechitos.

## 5. BODAS DE SANGRE

Autor: Federico García Lorca  
Estreno: Teatro Beatriz, Madrid, 1933  
Género: Drama

Hay cosas que no pueden ser y, por mucho que luches, son imposibles. Hay cosas que deben ser y, por mucho que luches, son inevitables.

LEONARDO:  
Que yo no tengo la culpa, que la culpa es de la tierra y de ese olor que te sale de los pechos y las trenzas.

## 10. CYRANO DE BERGERAC

Autor: Edmond Rostand  
Estreno: Teatro Porte-Saint-Martin, dic. 1897  
Género: Drama

La hermosa Roxane está enamorada del hermoso Christian, y luego está Cyrano, que hermoso no es, pero en turgencias nasales gana de largo...

## 9. ROMEO Y JULIETA

Autor: William Shakespeare  
Estreno: en torno a 1567  
Género: Drama

Nada más turgente que el amor adolescente, prohibido, incomprendido, algo inconsciente...

CYRANO:  
¿Qué pasa? ¿No os gusta mi nariz? / ¿Os parece un poco grande? / Eso es muy corto, joven; yo os abono / que podríais variar bastante el tono. / Por ejemplo, agresivo: «Si en mi cara / tuviese tal nariz, me la amputara». / Amistoso: «¿Al beber, se baña en vuestro vaso / o un embudo usáis al caso?» / Descriptivo: «¿Es un cabo? ¿Una escollera? / Mas, ¿qué digo? ¡Si es cordillera!» / Curioso: «¿De qué os sirve ese accesorio? / ¿De alacana, de caja, o de escritorio?»

- 1.m. Conjunto de los diez mandamientos de la ley de Dios.
- 2.m. Conjunto de normas o consejos que, aunque no sean diez, son básicos para el desarrollo de cualquier actividad.
- 3.m. RECOPIACIÓN DE REFERENCIAS TEATRALES QUE, DESDE LaViscera Magazine SE LLEVA A CABO SOBRE EL TEMA ELEGIDO PARA CADA NÚMERO EN CUESTIÓN Y QUE CONTIENE FRAGMENTOS DE LAS OBRAS REFERENCIADAS Y UNA PEQUEÑA RESEÑA PERSONAL DEL VISCERAL ENCARGADO DE LLEVARLA A CABO EN CADA MOMENTO.



EMLIO DE MIGUEL

## EXEMPLO LII

DE LO QUE CONTESCIÓ A UN MANCEBO  
ASSÍ COMMO YNPOTENTE

(Entre cenizas del Monasterio de Peñafiel halló recientemente un filólogo varios «exemplos», escritos al modo de don Juan Manuel. Hacemos hoy público uno de ellos, que algunas fuentes no dudan en atribuir a Aemilius Michelensis).

(\*) Es de justicia hacer constar que el erudito que rescató este «ensiempro» dejó algunas anotaciones de su puño y letra. La más importante de las cuales señala que allí donde se describe, tan pudorosamente por cierto, la noche de bodas, le parecía hallar fuertes similitudes con cierto Mamotreto de La loçana andaluza, sin que él alcanzase a explicar cómo y en qué sentido se produjo la posible influencia.

(\*\*) El autor del texto quiere que aclaremos que no posó para la ilustración que acompaña al mismo.

Otra vez fablava el conde Lucanor con Patronio, su consegero, en esta guisa:

- Patronio, assí acaesçe que yo he un pariente a qui amo mucho, et aquel mi pariente está en contienda con los de su convento. Dixome que algunos frayres, quando están de vagar, escriven viessos festivos et en sus viessos muchas vezes le fazen escatimas llamandol «salido» et «casto», et esto último con entención aviessa, et allí donde esto acaesçe, ý meten ellos fazañas de moços en noches de vodas. Et seyendo el natural del mio pariente assaz onesto en trebeios de cama et aun más contenido de lo que omne dessearía, siente enojos et está sañado et querría fazer sobrello tan grand cosa et tan grand movimiento que para sienpre fincassen callados sus enemigos. Et por el buen entendimiento que vos avéis, ruégovos que me conseies en qué manera fará porque nol escarnezcán dende adelante.

- Señor conde Lucanor -dixo Patronio- para que vos entendades, al mio cuydar, lo que más cumple de fazer en esto, et pues que con enxiemplos de bodas fallan ocasión de manzellar a vuestro pariente, plazermé ía que sopiéssedes lo que contesçió una vez en noche de casamiento.

Avía un mançebo en una cibdad que amava a muger onrrada et desseava cassar con ella. Et ovieron grand durada sus conversaciones, et en el moço amuchiguavan las ganas de dormir en uno con ella; pero la dueña asmava que si assentía, avría aína repentimiento, et non çedía.

Et assí estudiaron muchos annos, et el día antes de las bodas dixol el moço en son fiero estas terrorías: «Pues atanto stó esperando, cras só adebdado a fazer coyunda convusco no menos de nuef vegadas».

Et casáronse et el moço se arrebatava en complir lo prometido. Et quando vino la noche, echáronse entramos en la cama, et mataron la candela, et desnuyóse el mancebo aviendo en mientes passar la noche sin dormir una pieça et folgando sin desfazimiento. Et a la primera vegada acometióla a grandes palancadas et gridando: «Porque veáys si so capón, dezirvos he dos palabras con el dinguilindón». Et sin demora tornó el moço, commo furón que caça en floresta, et otrossí una tercera vegada finchóle bien las medidas a la duenna. Et a la quarta vez rogaval la mugier: «Passico, quedico, ca por mucho madurgar non amanesçe más aína». Et a la quinta vegada dixo el omne: «Ponamos agora la iglesia sobre el canpanario», et en esta guisa lo fezieron et ovieron deleyte. Et a la sesta vez, commoquier que la duenna se maravillase de mano de mortero tan bien fecha, notó ya que el mancebo lograva con lazeria semeiar al unicornio (\*).

Et a la fe, el moço mostrós fatigado e con grant mengua de fuerças, mas cuytando que avría vergüença quando fuere pregonado por la cibdad, en guisa que lo oyessen todos, que él non avía podido folgar nuef vegadas, quiso seguir en su voluntat. Mas el su estremento yazía assí commo ascondido. Et estonçe el mesquino levantóse de la cama et en grand poridat fuesse al banno, et pues que non tornava, la muger començó a curar si algo le passava. Et levantóse la duenna otrossí et fuesse al banno et punnava por veer quel ocurría; et vido al omne encorvado, escodrinándose entre los yjares et xascando los dedos de sus manos, et diçiendo commo qui quier seer muy persuasivo: «Sal fermosa, sal bonica, que's solo para meixar». Et el omne descubrió a su mugier, et quedó muy embargado et ya non pudo amarla más vegadas aquella noche, et dende adelante vivió muy triste asmando que algún día se sopiesse su ynpotencia, ca non avía alcançado un setenario en la cama.

Et vos, sennor conde, conseiad a aquel vuestro pariente que cuente a sus enemigos este enxiemplo porque vean con sus oios si omne que cuenta fazanna atán messurada et contenida meresçe seer llamado «salido» et «casto», et esto último con entención aviessa. Et maguer que tornen a achacarlo con palabras duras, si las escatimas quel fizieren fueren atales que se puedan soffrir sin grand danno, que dé a entender que se non siente dello et que les dé passada.

Al conde plogo mucho destas razones que Patronio le dixo et tovo que dizía verdat con muy buen seso. Et entendiendo don lohan que este enxemplo era bueno fizolo escribir en este libro et fizo estos viessos que dizen assí:

Pues que la versienda non tiene enmienda,  
dezit d'otros mal et dexat al menda.

En su famosa novela autobiográfica, *Papillon*, Henri Charrière narra cómo sobrevivió física y mentalmente a la terrible experiencia de pasar diecinueve meses aislado en la oscuridad de una celda. Explica que, mediante arduos ejercicios de concentración, era capaz de evocar ciertos momentos de su vida en libertad de una forma tan nítida e intensa que los recuerdos se transformaban prácticamente en alucinaciones. En su libro plantea la hipótesis de que cualquier persona que haya disfrutado de un solo día de libertad tiene material suficiente como para poder sobrevivir a años de cautiverio si recurre al mismo proceso de evasión a través de la concentración.

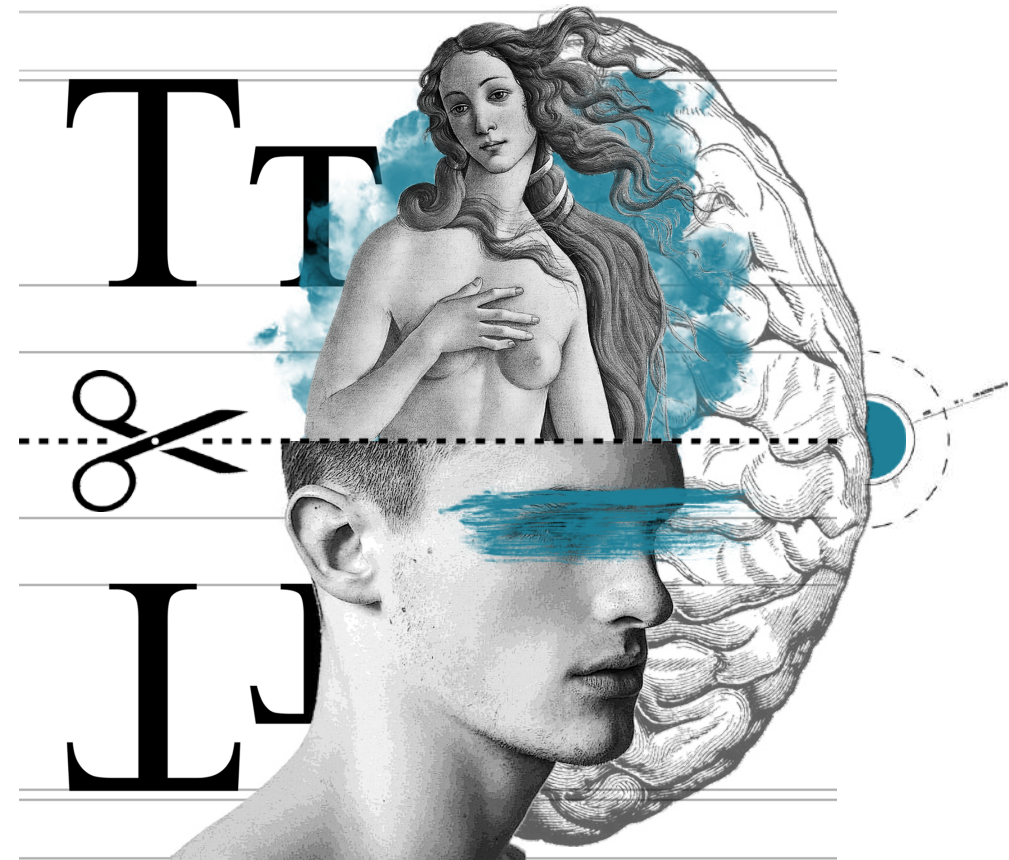
A menudo he pensado en esta idea, sobre todo en un instante de gozo —una comida celebratoria con amigos; la visita a un monumento idealizado; incluso durante el sexo— y me he preguntado si con la remembranza de cada una de esas vivencias bastaría para poder enfrentarme al castigo inhumano de la reclusión. (No creo que sea algo que piense mucha gente mientras come con amigos o visita el Coliseo o hace el amor, pero bueno, uno no puede controlar lo que piensa.)

Últimamente, la lectura de varios poemas que hablan de la innegable fuerza evocadora de las palabras (sobre todo la lectura del poema *The Lanyard*, del norteamericano Billy Collins) ha llevado mis erráticos e inauditos pensamientos a presentar una variante de la «Técnica Papillon». Mi propuesta está pensada, sobre todo, para escritoras y escritores, un colectivo, dicho sea de paso, especialmente propenso al encarcelamiento y a la reclusión impuesta. Lo llamaremos la «Técnica Moliner», en reconocimiento a la nunca suficientemente reconocida autora del *Diccionario de uso del español*, María Moliner. Esta técnica consiste en poner a trabajar al pequeño lexicógrafo o la pequeña lexicógrafa que habita en cada uno de nosotros (aunque no lo sepamos) para, así, ocupar las horas infinitas de oscuridad con sus definiciones. Bastaría, por lo tanto, con pensar en una palabra para convocar otras palabras junto a un mundo de sensaciones e imágenes.

Si ponemos en práctica, esperemos que sin la necesidad de experimentar la tortura de la reclusión, esta técnica, descubriremos en seguida que hay muchas palabras —la mayoría— que asociamos a varias palabras/sensaciones/imágenes distintas. Es decir, habremos comprobado que muchas de nuestras palabras tienen numerosas acepciones. De hecho, resulta complicado pensar en un vocablo que tenga para nosotros una sola acepción. En mi caso —y con esto concluyo la introducción de este artículo—, una de las poquísimas palabras que, en mi diccionario personal e intransferible, no tiene más que una definición/asociación mental es la palabra turgencia. En realidad, la palabra «turgente». Y sí, me hace pensar en la palabra «pecho». En la idea de un pecho.

La primera vez que leí la palabra, el adjetivo, fue en un libro —ya no recuerdo cuál— y el autor o la autora lo había utilizado, claro, para describir un pecho de mujer —eso sí que lo recuerdo—. También recuerdo que fue mucho antes de tocar —a la edad de quince años— un pecho con pretensiones eróticas (para decepción de los freudianos y en honor a mi pudor británico, los pechos maternos y su hipotética turgencia quedarán excluidos de nuestro artículo y de la vida). No recuerdo bien la experiencia (es probable que confunda la ciudad, la edad e incluso —pido perdón a los dioses que fueron benévolos conmigo— el nombre de la dueña del pecho), pero hay dos cosas que sé: que fue uno, es decir, un solo pecho, y que al palparlo no pensé en mi excitación, sino, recordando aquella lectura, en la palabra «turgente». Así, un escritor o una escritora quiso convocar la vida con una palabra y yo, joven, flaco y con más suerte de la que entonces pudiera merecer o imaginar, me empeñé en reducir la vida a una palabra, a la palabra “turgente”, mientras, con toda seguridad, ponía cara de imbécil, que es la cara que ponemos los hombres heteros cis cuando vemos unos pechos.

Ya ven, tantos rodeos, tantas palabras para contarles la primera vez que toqué una teta. Una teta turgente.



CARLOS VICENTE

## EL COMANDANTE VALOR MURIÓ FELIZ, ¿NO?

Estudiar Filología no sirve de nada. Cuando el comandante del avión dijo que se llamaba Valor y que estábamos pasando «por un zona de turgencias», pero que no nos preocupásemos porque «era lo normal», y lo dijo tres veces -lo de «turgencias» y lo de que no nos preocupásemos - fue cuando me di cuenta de eso y de que la cosa iba mal. ¿Cómo puede un tipo que tiene en sus manos las vidas de trescientas cincuenta personas confundir «turbulencias» con «turgencias»? Pues o bien porque el comandante está pensando en eso, en cosas turgentes; o bien porque el copiloto se ha puesto cariñoso y le ha hecho pensar en cosas turgentes; o bien porque el tipo pilota un A350 y nuestros destinos y es un experto en alas y motores, pero tiene el vocabulario de un chaval de segundo de la ESO. No se preocupen, que al final de mi pequeña historia se enterarán perfectamente de a qué categoría pertenecía el señor Valor. Que menudo nombrecito para pilotar aviones comerciales. Cazas militares, sí, pero de los otros...

El caso es que, a la tercera vez, la señora que iba a mi lado me agarró de la mano y ya no me la soltó hasta que todo pasó. Eso sí, antes me dijo que era eurodiputada y que no me preocupase, que cuando llegara a Madrid iba a protestar al partido por hacerla viajar en un trasto con tantas «turgencias» y que se iban a enterar. Sí, definitivamente la cosa iba mal, muy mal: ella tampoco parecía saber que la palabra exacta debía ser «turbulencias». Lo confieso. Nunca pensé que Los Pirineos fueran tan amenazadores, allí abajo, abriendo sus fauces para tragarnos en cuanto nuestro amigo Valor les diera la oportunidad. Bueno, al fin y al cabo, morir en un sitio tan bonito no sería tan malo. El problema vendría cuando la gente que dirigía el país y el partido al que pertenecía la eurodiputada tuvieran que enviar a rescatarnos y ya se sabe cómo gestionan estos las crisis: paternalismo todo el del mundo, pero eficiencia...

Además, que yo la cosa no la veía tan sexi. Eso de morir espachurrado junto a un comandante de segundo de la ESO y una eurodiputada experta en ingeniería social, subvenciones y clientelismo no me hacía ninguna gracia y no me parecía nada turgente. Siempre había pensado que eso sería en caso de que se te acercara una azafata y te dijera aquella mágica frase de «en cinco minutos en el baño de la cola del avión». Todo hay que decirlo, cuando alguna vez he imaginado que me pasaba esa maravilla, siempre me veía preguntándole patéticamente que si el baño de la derecha o de la izquierda, en vez de dar las gracias y rogar a dios para que no perdiera la oportunidad de mi vida de poder contarle a los amigos.

Así es que, en ese momento, el único pensamiento positivo que me ayudaba a pasar el trance era que por lo menos íbamos a morir en un paisaje como el del Aneto, por aquello de que mis familiares pudieran decir, si al final el gobierno desastroso que nos ha tocado en suerte rescataba nuestros restos, que morí en el monte más alto de la península ibérica, lo cual no todo el mundo puede decir...



Pero no, no nos estrellamos en el Aneto. Lo hicimos en la provincia de Guadalajara, que me van a perdonar los lugareños de esa provincia y la eurodiputada que viajaba a mi lado, que era originaria de allí, pero es un lugar poco glamuroso como para morir en un A350. Eso sí, el comandante Valor por lo menos no dijo eso de las «turgencias», sino que explicó que alguien había olvidado echarle keroseno al aparato, que no íbamos a llegar a tiempo al aeropuerto de Madrid-Barajas (las formas no las perdió el tío ni en el último momento) y había que hacer un aterrizaje de emergencia. Bueno, y que le dijéramos a su madre y a su hermana que las quería y que no se preocuparan, que se estrellaba enamorado de Tomás, el copiloto, con el que había empezado una relación cuando se volvieron a reencontrar (después de que uno de ellos se fuera en segundo de la ESO a otra ciudad) haciendo la línea que iba a Cancún.

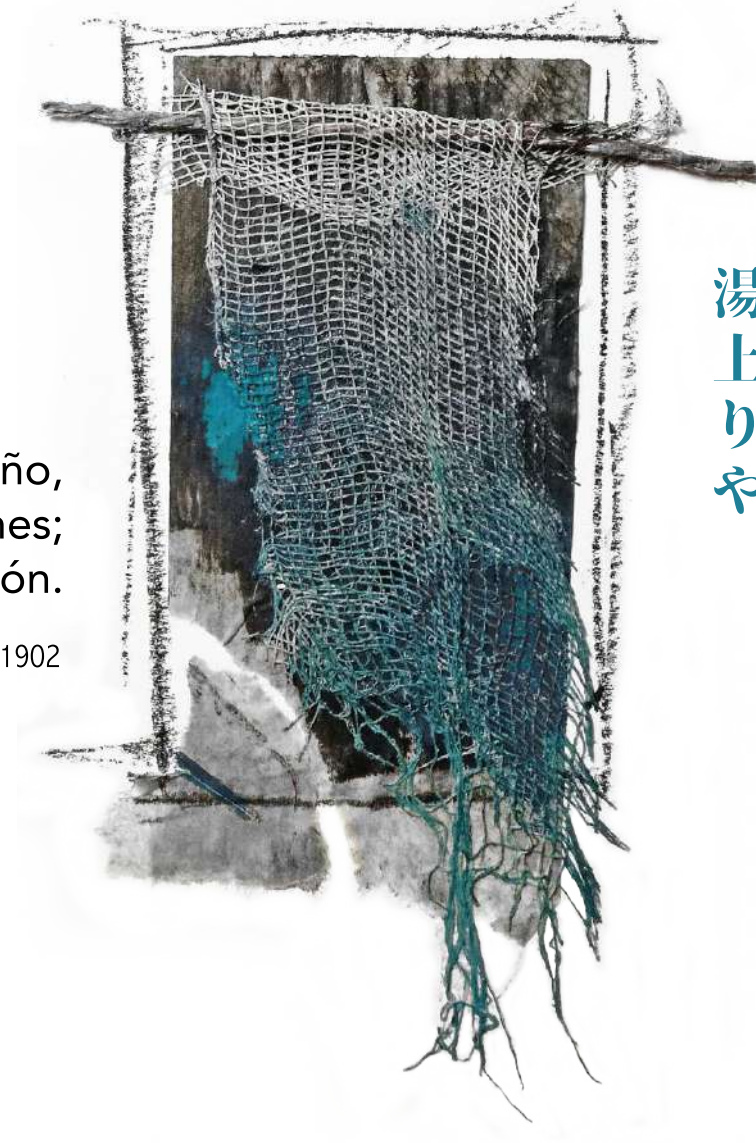
Lo que yo decía, estudiar Filología no sirve de nada si a los mandos llevas a un tipo que confunde «turgencias» con «turbulencias» y una eurodiputada que... bueno, una eurodiputada. Por lo menos, el comandante Valor murió feliz, ¿no?

# HAIKUFINAL

NACHO G. RÍOS SELECCIÓN  
PEDRO VEZ ILUSTRACIÓN

Salir del baño,  
el viento en los pezones;  
fresco en el balcón.

Masaoka Shiki, Matsuyama 1867 - Tokyo 1902



湯上りや  
乳房吹かるゝ  
端涼み

